nos con limosnas, pues los tributos no los tasa la ley ni la razón, sino la tiranísima codicia de los Ministros. Auxiliados, pues, del divino favor perseveraremos en darramar nuestra sangre por conservar estos Santuarios, para que en nuestro tiempo no padezca la Religión confusión; aunque es verdad que jamás ha estado ésto con la tiranía y violencia que hoy está, ni tampoco mejor familia, pues hay en estos conventos religiosos muy apostólicos. Dios los conserve y nos guarde por su divina Misericordia.

Fecha en la Santa Ciudad de Jerusalén á 4 de Mayo de 1.652.

De V. R. Paternidad

humilde siervo é hijo

Fr. Diego de Surrento

Secretario de Tierra Santa. »

3.ª

« *Escrita por el P. Guardián en nombre de la Religiosa Familia Franciscana de Tierra Santa.*

Reverendísimo Padre:

El amorosísimo Jesús sea nuestra guía, salud, vida y remedio, y comunique á Vuestra Reverencia los dones de su divina gracia para que en todo se cumpla su santísima voluntad.

Después del auxilio divino, no hay en nuestra esperanza otra consolación que la paternal benevolencia de Vuestra Reverencia y los vigilantísimos auxilios, con que solicita los medios necesarios, para que la gloria de Nuestro Señor sea continuada en la veneración de estos sagrados Santuarios, prendas de nuestra Redención.

Después de la última carta pue escribimos á Vuestra Reverencia el año pasado, en que dábamos cuenta de algunos trabajos, y en ella referíamos la universal conspiración del pueblo Jerosolimitano con los habitadores de los pueblos circunvecinos, para nuestra destrucción y la de los sagrados templos; han sido muy repetidas las cárceles, azotes y opresiones con que nos han ultrajado, no sólo á los Religiosos, sino á nuestros trujimanes y cristianos católicos, que atemorizados del rigor de los castigos, muchas familias han desamparado sus casas y retirádose á los montes. Es ocasión muy oportuna para estos desórdenes, la irritación y encono que les causa la guerra de

Candía contra los Venecianos, y el suceso que nuevamente han tenido por la parte de la Ungría, donde quisieron tomar al Emperador, por sorpresa, una plaza. Al saberlo los Alemanes degollaron á ocho mil turcos de á pié y de á caballo, que iban traidoramente á esta facción tan alevosa. Por ser el Gran Turco de muy tierna edad, y con este motivo insuperable la codicia de sus Ministros; faltando á las leyes naturales, gobiernan con suma tiranía, sin guardar respeto ni decoro á los Embajadores, Cónsules y mercaderes, que han padecido y padecen grandes indecencias y daños en sus personas y haciendas en Constantinopla, Alepo, Damasco, Alejandría, el Gran Cairo, y otras ciudades. Al Señor Bailio de Venecia, que últimamente entró con salvaguardia en Constantinopla para el tratado de las paces, le tienen preso en la ciudad de Adrinópoli, porque no quiso ceder al Gran Turco el reino de Candía, donde la potencia Otomana viene tan desvanecida de las armas de la Serenísima República de Venecia.

Hallándonos en Jerusalén con estas aflicciones, alivió Dios nuestra pena con haber llegado á esta Santa Ciudad Aszam Bajá, Príncipe de la ciudad de Gaza, nuestro especial devoto y bienhechor, sustituido por gobernador de Ismaín Bajá, su yerno. El Padre Guardián le visitó y dió la bienvenida mostrando su reconocimiento, y dió también gracias á la Divina Misericordia por haber puesto el gobierno de la Santa Ciudad en manos de este Ministro; quién ofreció favorecernos, manteniéndonos en paz y en la conveniente concordia con los Turcos. Deseando asimismo castigar á todos los que, con falsos pretextos, nos habían molestado y perseguido, nos preguntó quiénes eran. Por no ser conveniente, suspendimos nuestras quejas, y sólo deseábamos fuese castigado Ana, que había sido católico y trujimán nuestro. Éste, no sólo faltó á la fidelidad de nuestro servicio, sino á la de Nuestro Señor, negando la Santa Fe Católica, y blasfemando de su Santidad el Pontífice Romano y de los Reyes y Principes Cristianos. Profesó la Cismática perfidia, á cuya fe, le admitió el Patriarca con grandes honores, y luego que le nombró trujimán ó intérprete de lenguas, se ausentó hasta que salió de Jerusalén Aszam Bech. Tomando después el gobierno Ismaín Bajá, le ganó la voluntad el Patriarca griego con donativos de mucho valor, irritándole el ánimo contra nosotros. Urdieron entonces nuestros enemigos tantas tramoyas, que hicieron prender y dar de palos á dos trujimanes y al

Padre Procurador Fr. Antonio del Buensuceso, el cuál quedó estropeado de un brazo y la espalda.

Continuaron los rigores originados de este principio, enconándose más y más hasta querer asolar el convento. Súpolo Mustafá (que es el Príncipe de mayor autoridad que hay en Jerusalén), y con su gente y caballos se vino á nuestro convento para defendernos, diciendo venía á comer con los Frailes, como lo solía hacer muchas veces; con lo cual el Bajá mudó de parecer.

Irritado con mayor despecho el apóstata y rebelde Ana, redujo al patriarca griego á despachar una persona de industria y maña á Constantinopla, donde con falsas relaciones irritó el ánimo del Gran Turco y sus Ministros, diciendo habíamos levantado fuertes baluartes y armádonos contra el castillo y murallas de la Ciudad, y otras calumnias. Así airado el Turco mandó al Bajá, que ya tenía nombrado para el gobierno de Damasco, ejecutase con los Frailes Franciscos que estaban en Jerusalén y Tierra Santa de Palestina, lo que ordenaba en sus instrucciones, que en suma era acabar con nosotros, la Casa Santa y demás templos. Llegado el Bajá á Damasco tomó posesión de su gobierno, y la primera prevención que hizo fué publicar jornada para Jerusalén y armar el número competente de gente, pareciéndole que los ciudadanos de Jerusalén se le opondrían para defender nuestra inocencia y otras razones de estado entre ellos. Cuando ya se había engrosado el ejército, le aseguraron los Ministros de Jerusalén (con quiénes secretamente se comunicó), que sólo su cacaya bastaría para hacer lo que quisiese; y así vino á la ciudad el dicho cacaya, llamado Saraafadi El-aga, á los primeros días de este año, cuya llegada conturbó á los ciudadanos é inquietó mucho al pueblo y á los lugares comarcanos; pero todo se aquietó con la publicación que hizo de que su venida sólo consistía en castigar nuestras maldades, por ser unos rebeldes enemigos del Gran Turco y de la Ley de su gran profeta Mahoma.

Exhibió y publicó en el claustro del convento, ante los Ministros de Jerusalén, el Comandamiento Regio, y todos unánimes convinieron en que se ejecutase. Convocó á Capítulo el Padre Guardián, para tratar con los Frailes sobre tan gran peligro, y después de una larga conferencia resolvieron morir, siendo imposible el corresponder á la codiciosa pretensión del Cacaya, la cuál pasaba de cincuenta mil reales de á ocho.

Éste comenzó á prender y afligir con ligaduras y golpes á los pobres Religiosos, que con mucha humildad y mansedumbre, sufrían tan grandes trabajos y vejaciones. Irritados los Ministros turcos de la Ciudad y el pueblo de Jerusalén, viendo cuánto daño les causaba el dilatar su asistencia aquel Ministro con su caballería, clamaban contra nosotros; y de este modo enfurecidos, resueltos á la ruina y desolación de los conventos, vinieron al del SS. Salvador. Además de la caballería de Damasco se armó mucha parte de la plebe, esperando todos á que se hiciera una señal, para entrar á saqueo y derribar el convento. Impidiólo la prudencia y razones del Bajá de Gaza, quién ofreció al Cacaya, ajustar el asunto, y así nos persuadió con harto cariño y benevolencia á que nos libráramos de la desdicha que nos amenazaba en esta persecución. Aunque reconocíamos el acierto de su dictamen para el reparo de tantos daños, no teníamos medio alguno con que poder hacerlo, y se volvió el dicho Bajá con harta melancolía. ¡Oh piadosísimo Jesus! sean benditas tus misericordias y operaciones maravillosas. Volvió a lugar de nuestras prisiones, que eran bien molestas é inmundas, y con gran alborozo dijo este Infiel: ¡Oh padres y amigos míos! alegraos y estad de buen ánimo, que ya dejo asegurados los riesgos de vuestros trabajos en treinta y tres mil reales de á ocho: los veinte mil yo los prestaré sin interés alguno por cuatro meses, y aún el resto, yo os lo buscaré: como lo hizo á su crédito y á nuestra costa, con que nos dieron libertad. Clamaban de nuevo los Griegos, procurando no se aquietara el tumulto del pueblo; y que no obstante el ajustamiento, se ejecutara la primer resolución. No lo permitió Nuestro Señor, sino que se retiraron aquellas gentes á sus cuarteles, aunque nos dejaron en nuestros conventos bien atormentados y afligidos de los flagelos padecidos tres días continuos, con mucha variedad de tormentos. Fuése nuestro devoto y bienhechor el Bajá á su ciudad de Gaza, y nos envió diez y ocho camellos cargados de arroz, trigo y otros cosas, por haber visto la miseria y desnudez en que nos dejaron las invasiones y visitas que hicieron aquellos Ministros en el convento. Cuando parecía que gozábamos de alguna tranquilidad en Jerusalén, habiéndose serenado los ánimos de los Mahometanos; crecía en los protervos griegos la malignidad, y así solicitaban cuanto les era posible nuestra inquietud y daño. Dispusiéronlo por medio de un subán de Ebrón, que de Jerusalén debía pasar á la dicha ciudad con

doscientos caballos, haciendo noche en Belén. Cuando llegó envió á llamar al Padre Guardián, quién por ser á doshora é inusitado el modo, no quiso recibirlo. Con ésto, irritados los turcos desbaraton la puerta á mosquetazos, que estaba forradada de fuertes planchas de hierro, diciendo teníamos gente de armas escondida, y que por eso no les abríamos. En fin, asaltaron el convento, y como es tan magnífica la fábrica y habitación, admirados dijeron que desde los cuartos bajos (que son muy espaciosos), teníamos minas y correspondencia hasta el puerto de Joppe, que dista cuarenta millas; y que así era bien sacarnos de allí por asegurar los riesgos y entregar á los griegos, sus fieles vasallos, el convento.

Dió de ésto aviso al Bajá de Jerusalén, solicitando su alteración el Patriarca griego; y con dádivas le obligó á que montase con su caballería y reconociese cuánta ruina amenazaba á los países del Gran Turco, si no se hacía lo que el subán de Ebrón proponía. Lo que en Belén pasó en dos días, no es fácil referirlo. Después de haber padecido muchos ultrajes, lo ajustamos á fuerza de dinero, buscado á interés de más de sesenta y cuatro por ciento; y no fué pequeño consuelo el hallarlo, por el descrédito en que nos han puesto los grandes débitos, pues pasan de sesenta y ocho mil reales de á ocho con los intereses y usuras de precios tan exorbitantes. Además de ésto acredita mucho nuestra miseria el recelo de que nos ha de asolar, y de hecho creyeron nuestros acreedores turcos, moros y judíos era perdida cuanta hacienda tenían á interés sobre nuestros conventos, cuando el Cacaya de Damasco preparó los suplicios de fuego, jasucos y otros géneros de mucho horror.

A este mismo tiempo levantaron los griegos una gran persecución contra nuestros pobres católicos, á los cuáles iban prendiendo y azotando; procurando con rigores y halagos diesen la obediencia al Patriarca griego; pero con robusto y ejemplar valor confesaban su fe como buenos católicos, y ofrecían sus vidas por esta verdad. Muchas familias, atemorizadas de las molestias, dejando sus casas abandonadas, se han huido á los montes. En fin, salimos á la defensa, exponiendo nuestras vidas por defender las suyas, en cuya ocasión algunos religiosos fueron ligados con sus propios cordones por las gargantas y arrastrados por estos suelos. Pasó esta borrasca como las demás, habiéndonos saqueado el convento y emborrachádose con el vino que teníamos para las Misas, necesitados y

enfermos. Salieron borrachos por las calles, haciendo algunos males á la gente. Vinieron luego á Jerusalén muchos griegos de Belén instruidos del Obispo de su nación, y se querellaron contra los Frailes, diciendo que por haberlos emborrachado nosotros, forzaron á sus mujeres é hicieron otras insolencias: por lo que debían los Frailes pagar la culpa. Viendo el Patriarca griego que esta querella no conmovió á mucha irritación el ánimo de los Ministros turcos, salió en persona acompañado de la gente que vino de Belén y muchos de Jerusalén, alegando mil pretextos: diciendo que él y sus súbditos eran fieles vasallos del Gran Turco, y que nosotros éramos sus enemigos, gente advenediza, hombres de mucha industria y de muchas máquinas; no siendo otro nuestro fin en residir en estos países sino reducir los vasallos del Gran Turco á nuestra devoción para levantarnos con el país. Razón por la cuál educábamos á los niños árabes á nuestra manera, y los enviábamos á Malta y Candía á enseñarlos á ser guerreros, manteniendo así correspondencias con los Corsarios cristianos. Y dió tantos clamores sobre ésto, que el Bajá llamó al Padre Guardián, y hechos los cargos, aunque falsos, hubimos de asegurar el riesgo contribuyendo al Bajá y Cadi con algunos dineros; renovando de este modo la permisión para la libertad de nuestros pobres católicos, que estaban arrojados en la mazmorras.

Con este género de calumnias dan estos cismáticos grandes motivos de mérito á estos ejemplares y muy constantes Cristianos católicos, cuyo ejemplo es de suma admiración, reconociendo ser sobrenatural su resistencia y perseverancia, siendo los más recien convertidos. En repetidas maravillas manifiesta la divina Misericordia cuán por su cuenta corren los medios de nuestra asistencia en estos Santos Lugares, para mantenerlos en veneración y dar, entre tantos infieles, la verdadera adoración à Dios Nuestro Señor; pues cuando más afligidos é imposibilitados, envía el remedio; como nos sucede ahora con la llegada del Padre Fr. Gaspar García de la Cruz al puerto de Sidón, con una cuantiosa limosma, que ha sido como el socorro de Daniel cuando estaba en el lago de los Leones. Bendito y alabado sea el Autor de tales misericordias. Amén.

Hoy nos hallamos en Jerusalén sitiados y oprimidos, y ha sido menester mucha industria para sacar de las puertas de la Ciudad á Fr. Laurencio Oliván, hijo de la provincia de Aragón, que va á los piés de Vuestra Reverencia, para que á viva voz

signifique lo que referimos, y también lo que omitimos, por no cansar á Vuestra Reverencia; y así instruido bese el pié á su Santidad y solicite su apostólica bendición, para esta afligida Familia, y remedio contra la malevolencia y diabólica irritación de esta obstinada y proterva nación Griega. Lo mismo se deberá hacer con la Majestad Católica del Rey de las Españas, nuestro Señor y especial amparo, por cuya felicidad y la sucesión de sus Reinos aplicamos muchos Sacrificios, ejercicios y oraciones, como Vuestra Reverencia nos lo tiene mandado. Nuestro Señor guarde á Vuestra Reverencia muchos años, como todos deseamos.

De la Santa Ciudad de Jerusalén, á 8 de Mayo de 1.653.

De V. R. Paternidad

Humilde hijo

Fr. Mariano de Maleo

Guardián del sagrado monte Sión».

Ésto supuesto: ¿qué católico tendrá la negra osadía de criticar injustamente á los bienhechores de la humanidad? Porque, en efecto, si los Franciscanos con su magnánima intrepidez y perseverancia en medio de tantas tribulaciones, no hubieran abierto las Misiones de Palestina, ¿qué fe, qué grado de civilización hallaríamos hoy en estas desgraciadas regiones?

Yo, sin embargo, no tengo dificultad en confesarlo: nosotros hemos perdido algunos santuarios; pero el prudente lector, según lo hasta aquí referido, podrá juzgar muy bien de que modo los hemos ganado, y como los hemos perdido. El Cisma siempre astuto y falaz corrompiendo con el oro y las cosas más nefandas, el corazón del ambicioso é impuro mahometano, nos causa los mayores daños, despojándonos de nuestros justísimos derechos. El fanático y despótico Musulmán penetrando á viva fuerza y con mentidos pretextos en los Santuarios, arroja, ó pasa á cuchillo hasta el último franciscano. ¿Qué hacer, pues, en semejantes circunstancias?... Merecen, por ventura, ser condenados los Hijos del Serafín Llagado que hacen todo lo posible por recuperar defender y conservar los SS. Lugares hasta el extremo de sacrificar sus propias vidas? ¿Qué? ¿son acaso dignos de vituperio los valerosos guerreros que tienen el infortunio de dejar sus propias vidas en el campo de batalla, peleando por Dios, por la Religión, por la Patria?... Los grandes hombres del Paganismo lloraban sobre la intrepidez de

sus enemigos vencidos, bien que la historia nos diga de un solo capitán bárbaro, que abusando de su victoria, haya exclamado: ¡Væ victis!... ¡Ay de los vancidos, cuyas armas faltaron á la lealtad su valor!

Dejad, pues, Señores críticos, dejad de condenar al inocente, y antes de propalar una opinión examinad primero atentamente lo que vais á decir. En el presente caso, si algo hay de sorprendente, es, que los Franciscanos al través de infinitas é insuperables dificultades, hayan conquistado tantos Santuarios, y perdido tan pocos. Evidentemente: *¡Digitus Dei est hic!* ¡El poder de Dios resplandece en nuestra divina Misión, gloria de la Orden Franciscana!

CAPÍTULO 6.°

Afecto de los Árabes, y reconocimiento de los peregrinos á los RR. PP. Franciscanos.

Los Católicos del Oriente saben muy bien todo ésto, razón por la cuál tienen un singular afecto y en gran veneración á los Hijos del Serafín de Asís. Apenas son noticiosos de que el Superior se halla en camino por visitarlos y está para llegar á sus hogares ó territorios, cuando la alegría se deja ver en los semblantes de todos; el regocijo, el entusiasmo es general. Unos á caballo, otros á pié helos correr presurosos por ser los primeros en felicitar, en presentar sus homenajes al Padre muy amado de la nación Latina. El resto de la población sube á las azoteas, y desde allí todos esperan ansiosos el momento de ver pasar aquella religiosa comitiva, la cuál no bien aparece, ya se advierte el eco de apacibles voces de aclamación, con otras demostraciones de reconocimiento, en honor del pobre Franciscano, que, cual vigilante pastor, se apresura por dar á sus obejas el pasto de las celestiales doctrinas.

Mas ¿por qué tanto entusiasmo?... ¡Ah! responden sin ambajes estos buenos árabes, porque amamos á los Hijos de S. Francisco. ¿Y cómo no?... Ellos son nuestros padres, nuestros pastores, nuestros más sinceros amigos; los únicos que vinieron en 1219 á estas infelices regiones por convertir, reanimar y sustentar en la Fe, á nuestros ascendientes dispersos, abatidos, abandonados..., al través de las moyores calamidades, después de la decadencia y destrucción del Reino Latino. Y así continuando todavía tan intrépida como sagrada empresa, ellos

socorren nuestras necesidades, nos asisten y consuelan en todas nuestras enfermedades y tribulaciones, y no sólo nos doctrinan en la verdadera Religión, sino que además instruyen á nuestros hijos en las artes ú oficios (1) correspondientes á su estado, á fin de que puedan procurarse más tarde el diario sustento. Ellos, en fin, en medio de tantos errores y sectas, en medio de tantos infieles, cismáticos, protestantes y herejes, defienden nuestros intereses, nos conservan en la verdadera Fe de Jesucristo, y nos conducen seguros á la eterna Jerusalén del Cielo. ¿Cómo, pues, no deberemos amar á tan singulares y desinteresados bienhechores? ¿Cómo no mostrarles nuestro filial afecto y reconocimiento?.....

Ahora bien: si tan grande es el amor que los Católicos de Palestina profesan á los Franciscanos, no es menos sorprendente el odio con que nos aborrecen los protervos é hipócritas Cismáticos; y si éstos como los secuaces de Mahoma, atendidas las presentes circunstancias, no nos pueden causar las antiguas vejaciones, con todo no estamos enteramente seguros. Y así es que cuando se les ofrece la ocasión de despojarnos, contra todo derecho, de los Santuarios, no obstante la protección de la *Cristianísima Francia* (2), saben valerse muy bien,

(1) Para lo cuál sirven las oficinas, que, según queda dicho, tenemos en el convento del SS. Salvador. ¡Mal pecado que no podamos disponer de mayores medios materiales, y que la Sublime Puerta no sea más justa, dejando á sus súbditos en libertad, para abrazar la Religión del Crucificado! Seguramente que en poco tiempo se aumentarían en gran manera las Misiones de Palestina.

(2) En virtud de un tratado de comercio celebrado en 1540, entre Solimán III, Sultán de Constantinopla, y Francisco I, Rey de Francia, tomó ésta la protección de los Lugares Santos, librando asimismo de las mazmorras de Damasco á los PP. Franciscanos, después que treinta y ocho meses de tan dura prisión habían ya hecho cambiar esta vida por la eternidad, al Superior con ocho de sus súbditos. La Francia, pues, gobernada en un principio por sus fervientes Príncipes, que le merecieron el glorioso título de *Cristianísima,* se portó correspondientemente á su elevado oficio de Protectora del SS. Sepulcro de Jesucristo; pero en la actualidad, ¡ay dolor! minada por la funesta política del siglo XIX, y dividida en mil partidos y disensiones intestinas..., harto trabajo tiene consigo misma. De manera que, echando en olvido la causa de la Religión y de los SS. Lugares, permite que éstos sean profanados por nuestros mancomunados enemigos; de donde se siguen gravísimos perjuicios para la Tierra Santa. Esta, sin embargo, en atención á los pasados servicios de la misma Francia, no deja un punto de cumplir con los deberes de la gratitud, honrando con las acostumbradas preeminencias públicas á los Cristianísimos Cónsules, y dirigiendo al Padre de las Misericordias, incesantes plegarias, especialmente en el Santo Sacrificio del Calvario, por el bien de tan querida y lastimera Nación.

en parte, de las perniciosas tramoyas de sus antepasados, cuyo efecto no siempre resulta fallido.

Respecto del reconocimiento de los peregrinos hacia los PP. Franciscanos, mucho habría que decir; mas para desmentir á los secuaces de Lamartine, que viniendo á estos SS. Lugares con espíritu nada piadoso, se valen siempre de la calumnia por hacer mal á la Custodia Franciscana de Tierra Santa, será más que suficiente citar sólo algunos de los muchísimos documentos auténticos que tenemos, en los cuáles echará de ver el lector, como todos los prudentes viajeros y devotos peregrinos, muy adictos á la Orden del Pobre de Asís, por sus inapreciables servicios prestados á la humanidad, así en Oriente como en todo el mundo, se han mostrado siempre reconocidísimos por la honrosa y caritativa hospitalidad de los dichos Padres, en Tierra Santa; especialmente durante aquellos calamitosos tiempos, en que viajar por estas desgraciadas regiones, por la Siria y Egipto, era lo mismo que exponerse á una muerte segura. Dieron de ello testimonio el príncipe Ratzwil, en el siglo XVI, y un poco más tarde el franciscano P. Noé, quién manifestó todas las diligencias que practicaban nuestros Religiosos hermanos, á fin de librar á los viajeros de los innumerables riesgos que corrían sus vidas, y de otros inconvenientes que encontraban á cada paso en Palestina.

« Los Ingleses, dice Eusebio de Salle, convienen en que sin » los conventos de la Tierra Santa no podría visitarse la Siria. » Los viajeros de todas las naciones y comuniones cristianas, » sus criados, sus cabalgaduras, los conductores de ellas y » sus guías, todos son hospedados y alimentados por los Fran» ciscanos, sin que éstos les exijan por ello lo más mínimo...» Lo mismo afirman, llenos de reconocimiento, M. Quétin, Chateaubriand, sir William Sidney Smith, la Il^ma^ lady Ester Stanhope y tantos otros.

Lord Listón, Embajador de la Gran Bretaña, en 18 de Febrero de 1815, escribía á los Hijos de S. Francisco, en los siguientes términos: « Conociendo la piedad de VV., y sus mé» ritos, é informado de su hospitalidad, sobre todo con los de » mi nación.... estoy autorizado para enviarles veinte mil pias» tras turcas.... »

« Tengo el honor de ser con el más profundo respeto.... »

« Rob. Listón ».

Ern. Chapelier nos dejó escrito de su propia mano, el siguiente recuerdo: «¡Pobre y oscuro peregrino en los países de » Oriente..., he podido, siendo joven aún, postrarme sobre el » polvo de la triste Jerusalén! ¡Dichoso el que ha podido es» tampar sus labios en el marmol del Sagrado Sepulcro! ¡Tres » veces más dichoso aún, aquel que después de haber bebido » en él un poco de fe, de esperanza y de amor, se vuelve al » hogar paterno con pensamientos más risueños para el viaje » del Cielo!...»

« Habiendo llegado al convento del SS. Salvador, he hallado » en todos los Padres, el corazón *limpido e bianco* del P. » Muñoz.»

El del D.or Pinna dice así: «Agradecimiento eterno y adhe» sión sin límites á los reverendísimos Padres de la Tierra » Santa». Iguales sentimientos de estimación y gratitud expresan los testimonios siguientes:

1° « Juan Bustamante, de la América Meridional, natural » de la República del Perú, en el departamento de Puno, se » alojó en este hospicio de Tierra Santa, *y fué muy bien tra*» *tado*. Y para que conste lo firmo...»

2° «José Ricardo da Costa Aguier d'Andrade, miembro del » Consejo de S. M. I. del Brasil, *Fidalgo*, Caballero de la Casa » Imperial, Dignatario del Orden del Crucero, Caballero de » Cristo y de la Rosa, Consejero y Ministro del Supremo Tri» bunal de Justicia en el Brasil, etc., etc. La impresión que » experimentó mi corazón visitando los SS. Lugares, quedará » eternamente gravada en mi alma, no siendo menos recono» cido por la hospitalidad recibida y por la bondad verdadera» mente cristiana con que siempre he sido honrado por los » RR. PP. Franciscanos».

3° «El presbítero José Ignacio de Beovide, natural de la » villa de Azteazu en la provincia de Guipúzcoa.... vino á » esta Sta. Ciudad con el único objeto de visitar los veneran» des Santuarios...., y se parte lleno de gratitud, por la ca» ritativa hospitalidad de los PP. Franciscanos...»

4° «¡Jerusalén!... ¡si yo te olvido, que mi diestra se seque » y que mi lengua se pegue á mi paladar! (Sal. 136). Vidal, » sacerdote de la diócesis de Burdeos, á su vuelta de Persia, » fué recibido en el convento del SS. Salvador con aquella » caridad celestial que el catolicismo sólo sabe inspirar».

5° «Dios dé paz á los Padres de Tierra Santa. He pasado

» varios días en *Casa Nova* del convento del SS. Salvador, y » llevo en el alma los recuerdos de la santa afabilidad y las » atenciones de los Padres de Tierra Santa».

« Eusebio Gutierrez »

6° «Monseñor Federico de Cao, Obispo de Zama, habiendo » sido recibido por los PP. Franciscanos, no debe omitir el » atestiguar su plena satisfacción y recomendar su hospitali» dad, así como las atenciones y finezas que en todas ocasio» nes han tenido con él los dignísimos Padres en su convento; » expresándolo en este lugar, y protestando los sentimientos » de su gratitud en estas cortas líneas».

« Federico, Obispo de Zama ».

7° Éste está expresado en una octava en italiano, cuya traducción en prosa es la siguiente:

«Gracias os sean dadas, ¡oh Padres de la Casa Nova, en » cuyo corazón, modelo de bondad, se encuentra la caridad » más pura! Desde los tiempos más remotos, el viajero ha en» contrado siempre en vosotros los cuidados más tiernos, la más » acendrada lealtad. El recuerdo que conservo de estos memo» rables países va siempre acompañado del de vuestra tierna » solicitud. Al daros un ferviente á Dios, os aseguro que ni » un solo día pasará sin que deje de ofrecer mis bumildes » ruegos al Todopoderoso por vuestra felicidad y prosperidad».

8° «El Marqués de Tálaru, par y antiguo Embajador de » Francia, en España, etc., así como sus compañeros, todos » vivamente agradecidos por las atenciones y cuidados que » han tanido con ellos, los piadosos Religiosos, que asisten al » SS. Sepulcro y que dan una tierna y solícita hospitalidad á » los viajeros. Les suplican que reciban la expresión sincera » de su reconocimiento y gratitud. Dichosos de haber cumplido » su peregrinación, ruegan á los reverendos Padres que no los » olviden en sus oraciónes».

9° «El S.r Brochant de Villiers, la S.ra Brochant de Villiers, » de la familia de la Gervaisan, con sus criados, etc. La casa » de los buenos Padres Franciscanos es una verdadera provi» dencia para todos los peregrinos».

10° «Habiendo sido recibido, como un hermano, por los re» verendísimos Padres de la Tirrra Santa, he hallado en sus » conventos, después de un viaje de cuarenta días por el de-

» sierto, el descanso de la Tierra de Promisión. Les doy gra-
» cias desde el fondo de mi corazón, por su benévola hospi-
» talidad, por su caridad católica y grande como el mundo.
» ¡Bendiga Dios á estos intrépidos y humildes defensores de
» los SS. Lugares! ¡Obténgales la Francia, mi querida patria,
» la gracia de hacer cesar su largo martirio, reintegrándoles,
» lo más pronto posible, en el pleno goce de sus imprescripti-
» bles derechos ».

« J. N. Leduc
« *Canónigo de la Metrópoli de Tours* ».

Para declarar la gratidud del Emperador de Austria, Francisco José I, asi como el agradecimiento de las Señoritas Oteros del Perú baste decir que en su peregrinación á esta Sagrada Tierra, hicieron construir, éstas, la verja de hierro, que circuye actualmente el memorando Huerto de Gethsemaní, y el Emperador la azotea del convento franciscano del SS. Sepulcro, para que los pobres y angustiados Religiosos, los cuáles vivían como en lóbrega prisión, tuviesen por donde recibir un poco de luz en sus oscuras é insalubres habitaciones.

Últimamente, por no hacerme prolijo, terminaré el presente capítulo, con el siguiente testimonio de la peregrinación Española de 1881:

« El que haya tenido la dicha de hacer esta peregrinación
» no podrá jamás concebir separada la idea de Tierra Santa
» de la de los frailes Franciscanos; porque en realidad son en
» Palestina los Hijos del Sco. S. Francisco de Asís los verda-
» deros ángeles de la caridad. Ellos salen al encuentro del
» peregrino, le ofrecen cómodo hospedaje, le sirven abundante
» comida, le acompañan á visitar los Santuarios, les dan reli-
» quias de los Santos Lugares, y gracias á su solicitud y á
» su abnegación sin límites, los europeos que viajan por Tie-
» rra Santa no echan de menos las comodidades de su nación...»

« Cuando se considera que aquellos Frailes venerables han
» renunciado á su familia y á su patria, y se han condenado
» á vivir sujetos á las privaciones de una regla austera, en un
» país tan atrasado, expuestos sin cesar á ser víctimas ó del
» fanatismo de los Musulmanes, ó de la codicia de las sectas,
» ó del odio de los Judíos; animados sólo por su fe y su a-
» mor á los Lugares santificados por N. S. Jesucristo y su
» Santísima Madre, y para amparar á los que llevados de esta

» misma fe y amor vayan á visitarlos, no puede menos de
» reconocerse la divinidad de la Iglesia Católica, única que
» logra inspirar esta abnegación sobrenatural que no puede
» comprender la razón humana; y al propio tiempo el corazón
» se llena de gratitud hacia esta Orden Seráfica, gracias á la
» cuál, el Catolicismo conserva una gran influencia en Tierra
» Santa.... »

« Aún cuando la Orden de S. Francisco no hubiese hecho
» en la tierra más bien que el de conservar los Santos Luga-
» res, por ello sólo sería digna del mayor respeto y venera-
» ción.... » (1).

CAPÍTULO 7.°

Medios de subsistencia

El obrero evangélico no ambiciona las recompensas de este mundo. Si recibe el óbolo de la caridad, no es ya con el codicioso fin de acumular riquezas perecederas, sujetas al orín; ni por procurarse las comodidades de la vida, sino con el noble designio de proveer al sustento de aquellas obras que, privadas de tales medios materiales, vendrían desde luégo á perecer. Ahora bien: si en alguna parte existe la urgente necesidad de una asistencia singular, es ciertamente en aquellas regiones sujetas al bárbaro despotismo, donde tan difícil se hace la propagación de la fe; porque, en efecto, si, con atención de lo referido en el cap. 4.°, faltasen en Palestina las piadosas oblaciones de la Cristiandad, ¿cómo, de qué manera se podría mantener aquí el culto de nuestra sacrosanta Religión, y atender á tantos fieles indigentes, al socorro de tantas necesidades?... Por eso la Iglesia Romana, Madre siempre cuidadosa para con sus hijos menesterosos, heredera vigilante de la solicitud del Apóstol en la propagación de la fe, no podía no interesarse por los Católicos de Tierra Santa; y tomó á pechos tan sagrada empresa cuando encomendó á los Franciscanos la custodia de los Lugares Santos. Desde entonces los Supremos Jerarcas publicaron, al efecto, muchas Bulas, confirmando á los Pobres de Asís el patrimonio seráfico que Cristo legó al Patriarca S. Francisco, y enriqueciéndoles de privile-

(1) Reseña de la Peregrinación Nacional Española, escrita por D. Jaime Nogués.

gios, favores y gracias espirituales; y en especial Sixto V, Paulo V, Gregorio XV, Urbano VIII, Inocencio X, Benedicto XIV y Pío VI ordenaron que por todas partes se hiciesen colectas de limosnas, las cuáles, mediante los Comisarios de Tierra Santa, fuesen trasmitidas al Superior de la Custodia Franciscana de los SS. Lugares.

A los principios las Bulas lograron su intento. Todos los Obispos tomaron á pechos tan digna empresa, y las colectas se organizaron con feliz éxito. Los últimos días de la Semana Santa, por los estupendos misterios que entonces se proponen á la meditación del cristiano, parecieron los más propios á tal efecto. Aquí un aviso personal, allí un plato colocado al pié de la Sta. Cruz, expuesta á la veneración del pueblo, recordaban á los fieles la ocasión más oportuna para contribuir con sus limosnas al socorro de sus pobres hermanos. Pero ¡tal es la fragilidad humana, que las tradiciones más estables sufren la perniciosa inclemencia de los tiempos! Ciertas diócesis, sin embargo, bajo la constante solicitud de sus leales Obispos, conservan todavía tan laudable costumbre, sin ninguna alteración; y otros celosos Pastores, obedientes á la benévola iniciativa de los Sumos Pontífices, han procurado con empeño restablecerla en todas las parroquias sujetas á su jurisdicción. ¡Plegue al Cielo que todos imiten tan digno ejemplo!

La Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, por boca de su Prefecto el Exmo. Sr. Cardenal Barnabó, de grata memoria, estableció en 1861, que todas las limosnas provenientes de las colectas hechas en virtud de las Bulas Pontificias, deben pasar, conforme á los años anteriores, á las manos de los Franciscanos, y que éstos además de renunciar en favor del Patriarca Latino de Jerusalén el derecho de poder conceder el título de Caballero del Santísimo Sepulcro, deben suministrarle también la cantidad de 37.634 pesetas anuales, para el sustento de su elevada Jerarquía.

Las posteriores provisiones emanadas de la Curia Romana no hicieron que confirmar de nuevo el derecho que, en nombre de la Santa Sede, tienen los Hijos de S. Francisco sobre el total *integral* de las colectas hechas durante la Semana Santa. En prueba de ello tenemos dos documentos de la misma Sagrada Congregación: el 1.º, de 4 de Febrero de 1879, en que declara que el producto de dichas colectas no sea dividido « *entre las diferentes obras pías de Oriente* » sino « *que sea remitido integralmente al P. Comisario* ». En el 2.º, de 4 de Enero de 1882, advierte al Rmo. P. Custodio del cuidado que Ella se tomó de « *recomendar las obras pías de Tierra Santa, con especialidad, las del Viernes Santo, y de vigilar que toda la suma recogida para Tierra Santa, sea remitida al P. Comisario* ». Últimamente, para confirmación de lo dicho, véase al fin de esta obrita, el Breve de nuestro Sumo Pontífice León XIII.

En virtud, por consiguiente, de tales documentos emanados de la Silla Apostólica, bien informada de nuestra triste situación, los Franciscanos de Tierra Santa pueden recibir de la piedad de los fieles los recursos ó medios tan necesarios para sostenimiento de tantos pobres y peregrinos, y por mantener, como es debido, el culto de los más augustos Santuarios, en medio de nuestros falsos y pérfidos émulos, que no reparan en derramar con profusión el oro, á fin de hacer ver á los ignorantes, con la suntuosidad de sus templos...., que ellos componen la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Dígnense, por lo tanto, los pueblos católicos de mostrarse reconocidos á su divino Libertador, contribuyendo cada cual, según su posibilidad, á honrar estos Santos Lugares, donde conculcada la muerte se efectuó nuestra eterna Redención. Recuerden todos la sincera piedad y liberalidad de sus mayores, que nada omitieron por el bien de las Misiones de Palestina, y hagan un pequeño esfuerzo en favor de la patria de nuestro amante Jesús. « De tus haberes, dice el Espíritu San-
» to (Tob. IV), haz limosna, y no apartes tu rostro de nin-
» gún pobre: porque así será que tampoco se apartará de tí
» el rostro del Señor. Según pudieres, así usa de misericordia.
» Si tuvieres mucho da con abundancia: si tuvieres poco, aún
» lo poco procura darlo de buena gana; porque te atesoras un
» grande premio para el día de la cuenta; pues la limosna li-
» bra de todo pecado, y de la muerte eterna, y no permitirá
» que tu alma vaya á las tinieblas del Infierno ». Ahora bien: si la limosna hecha á un pobre tiene tanto mérito delante de Dios, ¿qué prodigios no obrará la que abraza el socorro del pobre, el alivio del enfermo, la hospitalidad de los peregrinos, la redención culto y esplendor de los Santuarios más venerandos, la propagación, en fin, de la verdadera fe en un país donde no otra cosa que trabajos y tribulaciones hay que esperar de sus habitantes? Por eso grande era el afecto que en los pasa-

dos tiempos tenían los Príncipes Cristianos á los Lugares Santos; admirable la predilección con que miraban la Sagrada Tumba del Hombre Dios. Bien persuadidos de la necesidad que tenemos de atender á las voces de la Religión si queremos hallar la felicidad, aún en este mundo, ellos eran los primeros en privarse de sus comodidades, consagrando sus tesoros y sus vidas á la recuperación y esplendor de la Tierra Santa. Protegían las Comisarías, se esmeraban en lo concerniente al divino Culto y no se olvidaban un punto de proveer á las necesidades de sus fieles súbditos. Prolijo sería referir aquí las cuantiosas limosnas que ya en metálico, ó bien en objetos religiosos, derramaron, por decirlo así, tales émulos del Apóstol, en esta Tierra purpurada con la propia *Sangre del Verbo Humanado;* en esta Tierra de Bendición, donde manan perennemente las aguas saludables con que nos lavamos de nuestras manchas, para poder entrar un día en la purísima, espléndida y eterna Jerusalén del Cielo.

Los Sumos Pontífices, la Iglesia de Toledo, los Arzobispos de Colonia, Tréveris etc.; España, Portugal y las Américas, Francia, Austria, Inglaterra, la Polonia, la isla de Malta, los Reyes de Nápoles, Piamonte y Cerdeña, los Duques de Baviera, Toscana, Saboya, Parma, Urbino y Ferrara, la República de Venecia etc. etc., todos contribuyeron, cuál más cuál menos, con sumas considerables, á la propagación de la verdadera fe en Palestina. Y ¿qué diremos de los objetos en propia especie, como tabernáculos, custodias, copones, cálices, lámparas, candelabros, tapicerías y otras alhajas con que embellecieron el SS. Sepulcro del Redentor de los hombres?..... ¡Oh preciosidades admiradas por todos los viajeros, dignas del Santuario del Señor!

Pero ¿y donde están ahora aquellos siglos de oro en que nuestra Católica España se esmeraba sobre todas las naciones del orbe (1), en honrar con los más ricos tesoros los Lugares más augustos de la Religión? Sensible me es el decirlo: los felices tiempos de los Fernandos, Isabeles, Felipes y Carlos ya no existen; y en nuestros aciagos días, mientras las demás Potencias protegen, ó permiten en sus territorios las Comisarías de Tierra Santa, presididas por los PP. Franciscanos, sólo los Gobiernos Españoles se oponen á tal condescendia. ¡Qué ignominia! Y quieren que pasen porsus manos las limosnas recogidas

(1) Quaresmio lib. 3. cap. 44.

para los Santos Lugares, á fin de disponer de ellas, injustamente, á su antojo, contra la voluntad de los bienhechores, contra las venerables órdenes de los Supremos Jerarcas de la Iglesia. ¡Qué proceder! De donde resulta que ni siquiera recibimos la mitad de lo que el reconocido pueblo Español ofrece con magnanimidad á la Sagrada Tumba de Aquél que libró á España del yugo Sarraceno, y le concedió las Américas en premio de los tesoros que esta Potencia había derramado tan generosamente en bien de las Misiones de Tierra Santa. No es de extrañar, pues, que nuestra Nación en otro tiempo tan poderosa, se vea hoy tan agobiada y abatida por un sinnúmero de calamidades..... *Princeps provinciarum facta est sub tributo..... Conversa est retrorsùm.....* Porque donde no hay lealtad, donde no se halla la caridad, no reina Dios, y en cuya ausencia vienen necesariamente las discordias, sediciones y toda clase de males.

Mas vosotros fervientes Católicos españoles, qne sufrís la pena de pecados ajenos; vosotros, que con la sangre heredáis el espíritu de vuestros ínclitos ascendientes, que sois parte del pequeño, pero noble Rebaño del Pastor Divino, *no temáis; porque plugo à vuestro Padre celestial daros el Reino de los Cielos.* Clamad con el Profeta de los Trenos: «Recordaos, Señor, » de lo que nos ha sucedido; reparad y ved nuestro oprobio. ¿Por » qué nos olvidaréis para siempre, ó nos abandonaréis por lar- » gos años?... Renovad nuestros días como al principio. (Cap. V.) ».

Perseverad en vuestro sincero amor á los SS. Lugares de Palestina, contribuyendo á honrarlos, con vuestras acostumbradas limosnas; mas en atención á lo referido, estad en esto muy atentos, porque no se malogre el fin de vuestros laudables deseos (1).

Últimamente advertimos á toda la Cristiandad que los gastos de nuestra sagrada Misión aumentan cada día, las limosnas van á menos en tan infaustos tiempos, y que careciendo como carecemos de bienes propios nos veremos en la imposibilidad de sostener los Santuarios, con su debido decoro y esplendor.

Suplicamos, por consiguiente, á todos los Príncipes Cristianos juntamente con sus fieles y leales súbditos que se dignen

(1) Los Sres. Párrocos en su ardiente celo por la gloria de nuestro amantísimo Redentor, bien pudieran dar al efecto saludables instrucciones á sus devotos feligreses, y valerse de aquellos medios que la buena conciencia nos enseña, para impedir que ninguno se apropie lo ajeno.